

terminar aquellas crueles incertidumbres y acaso de averiguar quién era el traidor para darle allí su merecido, quiso por medio de Juan averiguar quién fuese. Y o con palabras si estaba cerca, o más bien con gestos, indicó a Juan que preguntase al Señor a quien se refería:

«Dejándose, pues, caer Juan sobre el pecho de Jesús, le dijo:—Señor! quién es?»

Dulce expansión y curiosidad del discípulo amado. Mucho debió conmover a su Maestro entonces, aquella pregunta llena de amor. Y en voz baja, para que nadie les oyese, y delicadamente sin decirle el nombre, para que no lo supiese hasta el fin, le dijo:

«—Aquel a quien yo dé el pedazo de pan mojado, ese es.

Tal vez aún tardó un rato en dárselo hasta que ya estuviese todo acabado. Pero por fin «mojando un pedazo de pan, se lo dió a Judas hijo de Simón Iscariote». Entonces entendió Juan quién era el traidor. Pero no lo dijo a nadie. Fijó curioso y aterrado su vista Juan en Judas, el discípulo amado en el traidor infame, la paloma cándida en el buitre codicioso. Y con la mirada de águila que tenía penetró en el negro abismo de aquella conciencia tenebrosa... Y algo debió notar el Discípulo Amado en Judas cuando tomó el bocado. Alguna inmutación de su rostro, alguna intranquilidad de su espíritu, alguna revolución de sus ojos debió advertir. Porque dice en su evangelio:

«Y tras el bocado entró en él Satanás.

Quiso Jesús librar a Judas de compromisos y acelerar aquella situación verdaderamente tirante y sumamente expuesta y le dijo:

«—Lo que haces hazlo más pronto».

No era, claro está, empujarlo al crimen. Sino advertirle con ironía que estaba en el secreto de todo, y que ya estaba mal allí, pues estaba comprometido. Era en cierto modo decirle: Vas a salir para tu mal hecho; sal pues, cuanto antes, porque aquí estás expuesto.

«No entendieron los demás que estaban a la mesa, para qué le dijo esto. Algunos creían que, como tenía Judas la bolsa, le quiso Jesús decir: Compra las cosas que nos son necesarias para la fiesta, (porque al otro día sábado ya no podrían comprar nada) o que diese algo a los pobres.

»En cuanto recibió, pues, el bocado, salió al punto.

»Y era de noche...»

¡Oh advertencia misteriosa del Discípulo Amado! Era noche. Era la noche que no había de terminar jamás para aquel hombre que estando junto a la luz no quiso dejarse iluminar de ella, sino que cerró los ojos al sol de justicia. Era de noche por fuera. Pero otra noche mucho más tenebrosa llevaba dentro de su corazón el Iscariote.

254. EXPANSIONES DE JESÚS

(J. 13, 31-32)

¡Cuánto sufrió Jesús hasta que salió el traidor! Tanto que no lo quiso disimular. Y apenas se vió libre de su presencia respiró y dijo:

«Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios le glorificará a él en sí, y al punto le glorificará».

En efecto, ya el Hijo iba a glorificarse; empezaba a glorificar al Padre con su pasión, y el Padre iba a glorificar por la pasión al Hijo con la Resurrección y grande gloria que le preparaba. Y esta pasión y esta glorificación empezaban ya cuando el traidor iba a cumplir su hecho.

Desde entonces comenzó el Salvador a expansionarse con sus discípulos, libre por fin de la presencia e impedimento de Judas. Maravillas de ternura familiar, y al mismo tiempo de sublime teología, componen las últimas conversaciones del Maestro. No es posible detenernos a analizarlas. Las iremos poniendo según están en los Evangelios, persuadidos de que no dejará nuestra alma de encontrar en esta despedida de Jesús dulcísima recreación y gran luz para conocer el Corazón del que nos amó hasta el extremo.

El precepto nuevo. (J. 13, 33-35)

«Hijuelos, ya poco tiempo estaré con vosotros. Me buscaréis, pero así como dije a los judíos, adonde yo voy, no podéis venir vosotros, así también os lo digo a vosotros ahora.

»Os doy un mandamiento nuevo: que os améis mutua-

mente; como yo os he amado, así también os amaréis mutuamente. En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor mutuo».

No era nuevo el mandato de la caridad con el prójimo, ni entonces por la primera vez la aconsejaba el Maestro. ¿Por qué, pues, ahora dice que da un mandato nuevo?

Es que ahora el Maestro aconseja a sus discípulos, que además de aquel amor general que deben profesar a todos los hombres, y de una manera aún más singular que con el precepto de la caridad que obliga a todo el mundo, se amen especialmente entre sí con un amor singular, y superior al de los demás hombres que no fuesen discípulos de Cristo. Y tal deseaba que fuese este amor entre los discípulos de Jesús, entre los cristianos, que todos conociesen que lo somos en el amor especial que nos profesamos.

Ojalá se renueve en todos y cada uno de nuestros espíritus aquel amor de los primeros cristianos, que, herederos de este precepto, se amaban entre sí de tal modo, que en efecto, por la caridad especial que se tenían llamaban la atención de los paganos, y les obligaban a exclamar algunas veces: « ¡Cómo se quieren unos a otros los cristianos! »

Aviso a Simón Pedro. (J. 13, 35-38; L. 22, 31-34)

Pedro, que le había oído que se iba y que no le podrían seguir, no quedó convencido de ello y le preguntó: « Señor! a dónde vas? »

Respondió Jesús: « Adonde yo voy no puedes tú seguirme ahora; pero ya me seguirás después ».

Sospechó Pedro que se trataba de seguirle a la cárcel o a la muerte, y dijo:

« —Por qué no te puedo seguir ahora? Señor! contigo estoy resuelto a ir a la cárcel y a la muerte. Daré mi vida por tí ».

Sonrióse tristemente el Salvador, que conocía lo futuro, y sabía cómo Pedro le había de negar, y con suave ironía le dijo:

« —Darás tu vida por mí? Pedro, en verdad, en verdad te digo, no cantará hoy el gallo hasta que niegues tres veces que me conoces. Simón, Simón, Satanás os ha pedido para cribaros como el trigo, pero yo he rogado por tí, para

que no falte tu fe, y tú después vuelto confirma a tus hermanos ».

Como el diablo había pedido a Job para sí, para que Jehová le permitiese tentarlo, así también pidió a Simón y sus hermanos, y los iba a zarandear terriblemente en la pasión y hacerlos caer si pudiese. Dios dejó en manos del Tentador a los discípulos, así como había dejado a Job. Mas Jesús había pedido que no faltase la fe de Pedro. Y aunque le había de negar, pero no dejaría de creer en él. Y luego convertido de su caída, vuelto a los suyos, había de confirmarlos a todos, según el encargo que le había dado el Maestro. Y todo sería menester. Porque se les venían grandes peligros.

Avisos a todos los Apóstoles. (L. 22, 34-38)

« Y les dijo: —Cuando os envíe sin bolsa, y sin saco ni calzado, ¿os faltó acaso algo? »

» Dijéronle: —Nada.

» Dijoles, pues: —Ahora, sin embargo, el que tenga bolsa que la tome, y lo mismo el saco, y el que no la tenga venda su manto y compre espada. Porque os digo que ya va a cumplirse en mí lo que está escrito: *fué contado entre los malvados*. Porque lo que a mí toca llega a su fin ».

No quería hablarles a la letra, sino en sentido figurado. Era como decirles: Hasta aquí yo he sido vuestra providencia, y por mí se os han dado todas las cosas, pero yo me voy, y quedáis solos; mirad por vosotros, y puesto que viene la persecución, preparaos a ella, porque a mí me van a acometer como si fuese un criminal. Y vosotros también correréis peligro.

Lo que Jesucristo decía en estilo figurado ellos lo tomaron a la letra y empezaron a ver lo que tenían, y especialmente las espadas. Dos tenían, y le dijeron: Señor, mira aquí dos espadas. Mas él, que no hablaba a la letra, cortó las discusiones e inquietudes, con un gesto que expresaba su idea, diciendo: « Basta ya ». Como quien dice: No se trata de eso; dejadlo ya.

Moradas del cielo. (J. 14, 1-4)

« No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed tam-

bién en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Porque si no, os lo hubiera dicho; porque voy a prepararos sitio. Y cuando haya ido y os haya preparado sitio, volveré otra vez y os tomaré conmigo, para que donde yo esté, estéis también vosotros.

»Y ya sabéis a dónde voy yo. Y el camino también sabéis.

El camino. (J. 14, 5-14)

«Dícele Tomás:—Señor, no sabemos á dónde vas; ¿cómo vamos a saber el camino?»

»Díjole Jesús:—Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me llegáis a conocer a mí, también a mi Padre llegaréis a conocer. Y desde ahora le conocéis y le habéis visto.

»Dícele Felipe:—Señor, muéstranos al Padre, y nos basta.

Deseaba tal vez Felipe tener alguna visión de Jehová.

»Dícele Jesús:—Llevo tanto tiempo con vosotros y ¿no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo no las hablo de mí mismo; sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Y si no, creed por las mismas obras.

»En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí hará también él las obras que yo hago, y hará mayores que éstas: porque yo me voy al Padre. Y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré para que sea glorificado el Padre en el Hijo. Si me pedís alguna cosa en mi nombre, eso lo haré».

Promesa grande. Sino que muchas veces pedimos cosas que no son en nombre de Cristo, ni sirven para su honor y para los fines que él trajo al mundo de salvarnos y perfeccionarnos, y por eso no las conseguimos. Pidamos lo que se puede pedir en nombre de Cristo, y lo lograremos.

El consolador: El Espíritu Santo. (J. 14, 15-26)

»Si me amáis guardad mis mandamientos. Y yo rogaré

al Padre, y os daré otro abogado, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará con vosotros.

»No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. Un poco más y el mundo ya no me verá. Pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis.

»En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros.

»Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama, y quien me ama a mí, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me mostraré a mí mismo a él.

»Dícele Judas, no el Iscariote:—Señor ¿qué sucede? que te vas a manifestar a nosotros y no al mundo?

No entendía el apóstol que siendo el Mesías Jesucristo, y habiendo hasta entonces trabajado tanto para manifestarse al mundo, y esperando todos la venida del Reino de su Señor, ahora se hubiese de contentar con manifestar su gloria a los discípulos y no a todo el mundo.

Delicada fué la respuesta del Mesías dándole a entender cómo el reino que él iba a fundar era muy distinto del reino que se figuraban los judíos lleno de esplendor mundano. Y que se manifestaría su reino y su gracia al que le amase y guardase sus palabras: Por eso respondió diciendo:

«—Si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará y vendremos a él, y en él pondremos nuestra morada.

»Quien no me ama no guardará mis palabras; y las palabras que oís no son mías, sino del Padre que me envió.»

No eran aún capaces los discípulos de entender todas las cosas que les iba diciendo y otras muchas que les quería enseñar, y por eso añadió:

«Esto os he enseñado mientras estoy con vosotros. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que mandará mi Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os hará recordar todo lo que yo os he enseñado».

Doble oficio del Espíritu Santo que había de enviarles. Primero recordarles cuanto Jesús en esta y en otras ocasiones les había enseñado, haciéndoselo entender. Segundo,

enseñarles además otras muchas cosas, todas las que eran necesarias para la Iglesia futura.

Despedida. (J. 14, 27-31)

Llegaba la hora y era preciso ya despedirse. Y despidióse el Salvador dando la paz.

«Os dejo la paz, os doy mi paz. No os la doy como la da el mundo».

Y sin duda que al oír estas palabras de despedida, aunque no entendían definitivamente su sentido, se turbaron. Por eso añadió:

«—No se turbe vuestro corazón. Ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: Voy y vengo a vosotros. Si me amaseis os alegraríais, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. (Habla aquí Jesús de sí en cuanto hombre; pues en cuanto Dios el Hijo es igual al Padre). Y os lo digo ahora antes que suceda para que cuando suceda, creáis. Ya no hablaré muchas cosas con vosotros. Porque viene el príncipe de este mundo. Y él en mí no tiene nada. Pero para que el mundo conozca que amo al Padre, y que según el mandato que me dió el Padre así obro, levantaos y vamos de aquí».

Evidentemente el Maestro estaba agitado. Aquella terrible turbación que había de llegar en el huerto a su extremo, había comenzado ya desde mucho antes. Durante toda la cena el espectáculo de aquel cordero que tantos años se había comido en representación del verdadero cordero que aquel día por fin iba a ser sacrificado, la presencia del traidor, el pensamiento de la noche que se venía encima lo tenía perturbado. ¡Oh misterio de la tristeza de Dios!

Así, pues, al decir estas últimas palabras se levantó de la mesa como para salir. Pero no salió todavía. Costábale despedirse de los suyos. Quería decirles muchas cosas. Díjoles muchas y dejó por decir muchas más aún, para el Espíritu Santo. Y en todas ellas manifestó su tiernísimo amor.

De pie ya, y en presencia de la separación próxima por la muerte, acordábase de la perpetua unión que él quería tener con sus discípulos, y les dijo esta delicadísima parábola.

La vid. (J. 15, 1-8)

«Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no lleva fruto en mí, lo arranca, y a todo el que lleva fruto lo limpia para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por las palabras que yo os he hablado.

»Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto de sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanezca en mí y yo en él, ese lleva mucho fruto.

»Porque sin mí no podéis hacer nada.

»Si alguno no permaneciere en mí, será echado fuera como el sarmiento, y se secará, y lo recogerán y lo echarán al fuego, y se quemará.

»Si permaneciereis en mí y las palabras mías permanecieren en vosotros, lo que queráis pedido y se os hará».

Y para animarlos más y más y darles a entender cuán seguro es esto que promete, y en qué consiste la glorificación del Padre, les añadió:

«En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto y os hagáis mis discípulos».

Amor de Jesús. (J. 15, 9-11)

«Como me amó a mí el Padre, así yo os he amado a vosotros. Perseverad con mi amor. Si guardáis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y persevero en su amor.

»Esto os he dicho para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

Amor mutuo. (J. 15, 12-17)

Y deseando encarecer de nuevo su anterior mandato del amor mutuo, les dijo:

«—Este es mi mandato, que os améis mutuamente como yo os he amado.

»Nadie tiene mayor amor que éste, el de poner su vida por sus amigos.

»Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os digo. Ya

no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que he oído de mi Padre os las he enseñado.

»No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí y os puse para que vayáis, y llevéis fruto, y el fruto vuestro perseverare, para que todo cuanto pidáis a mi Padre en mi nombre, os lo conceda».

Esta era la idea de Jesucristo. Eligió discípulos para por su medio llevar el fruto a todas partes, y hacer que este fruto, aun después de ido el Maestro, perseverase, perseverando el ministerio apostólico perpetuamente. Y así como al Hijo concedía el Padre lo que le pedía, así a los discípulos y ministros de Cristo había de concederles cuanto le pidiesen en nombre de Cristo, para la redención y salvación de las almas.

Y como si no se apartase de su alma la idea de su nuevo precepto, de nuevo lo repitió aquí diciendo:

«Os mando esto, que os améis mutuamente».

Odio del mundo. (J. 15, 18-27)

Pero como tanto como él los amaba los había de aborrecer el mundo, los previene y dice:

«Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo. Pero como no soy del mundo, sino que yo os he separado del mundo, por eso os odia el mundo.

»Acordaos de mi palabra que os he dicho; no es el discípulo mayor que el maestro, ni el siervo mayor que su señor. Si a mí me persiguieron también a vosotros os perseguirán; si guardaron mi palabra también guardarán la vuestra.

»Pero todo eso os harán, por mi nombre, porque no conocen al que me envió. Si yo no hubiese venido, y no les hubiese hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado. El que me odia, odia a mi Padre. Si no hubiera hecho obras que nadie ha hecho, no tendrían pecado; mas ahora las han visto, y me han odiado a mí y a mi Padre.

»Pero había de cumplirse el dicho que está escrito en su ley: *que me odiaron sin motivo.*

»Mas cuando venga el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí, y vosotros también daréis testimonio, pues estáis conmigo desde el principio.

Persecuciones. (J. 16, 1-15)

«Esto os he dicho, para que no os escandalicéis. Os pondrán fuera de la sinagoga; y aun vendrá tiempo en que todo el que os mate, piense hacer reverencia a Dios. Y esto os harán porque no han conocido al Padre ni a mí.

«Mas os he dicho esto para que cuando llegue la hora de ello, os acordéis de que os lo he dicho. No os he dicho desde el principio estas cosas, porque estaba con vosotros. Mas ahora voy al que me envió».

Al decir esto parecía desear que le volviesen a preguntar lo que antes le habían preguntado. Mas efecto, sin duda, de la tristeza que poco a poco iba invadiendo los corazones de todos, nadie preguntaba ni hablaba nada. Por eso el Señor les dijo:

«Y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas?»

»Es que como os he dicho estas cosas, la tristeza ha invadido vuestros corazones. Pero os digo la verdad, a vosotros os conviene que yo vaya. Porque si no me voy, no vendrá el Paráclito a vosotros. Pero si me voy, le enviaré a vosotros. Y él cuando venga convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.

«De pecado, porque no creen en mí. De justicia (es decir, de la justicia y santidad de Cristo) porque voy al Padre y ya no me veréis. De juicio (es decir, del juicio que se ha hecho al demonio) porque el príncipe de este mundo está juzgado, (es decir, vencido y sujeto).

»Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no sois ahora capaces de entenderlas. Pero cuando venga él, el Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad; porque no hablará de suyo sino hablará cuanto oiga, y os anunciará lo porvenir. El me glorificará a mí, porque tomará de lo mío, y eso os anunciará».

Porque en efecto, el Espíritu Santo, aunque igual al Hijo y al Padre, procede del Padre y del Hijo, y aunque podría decir todo, pero no diría sino lo que Cristo quería, según

la misión que le dió el Padre, conforme a la providencia que eligió Dios con nosotros.

»Todo cuanto tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho, que tomará y anunciará de lo mío».

Conversión de la tristeza en gozo. (J. 16, 16-23)

«Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me veréis, porque voy al Padre.

»Dijéronse entonces algunos de los discípulos unos a otros. ¿Qué es eso que está diciendo: dentro de poco no me veréis, y dentro de otro poco me veréis? y que voy al Padre? Y decían: ¿qué es ese dentro de poco que dice? No sabemos lo que habla».

Fué todo esto en voz baja.

«Pero conoció Jesús que querían preguntar y les dijo:

»—¿Estáis preguntando entre vosotros esto de dentro de poco no me veréis, y dentro de otro poco me veréis? En verdad, en verdad os digo: que vosotros lloraréis y os lamentaréis y el mundo se regocijará. Vosotros sí, os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando está de parto, tiene angustia, porque llega su hora; mas cuando ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de su angustia, porque ha nacido un hombre al mundo. Y vosotros lo mismo, ahora sí, tenéis tristeza, mas otra vez os veré y se alegrará vuestro corazón y nadie quitará vuestro gozo de vosotros.

»Y en aquel día no me tendréis que preguntar nada.

Orad. (J. 16, 23-28)

»En verdad os digo, si alguna cosa pedís al Padre en mi nombre os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en nombre mío. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. Esto os he dicho en proverbios. Viene la hora en que ya no en proverbios, sino claramente os daré noticias del Padre. En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado a mí, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo. Otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre.

Conclusión. (J. 19, 29-33)

»Dícenle sus discípulos:—Vamos! ahora hablas con c'aridad, y no dices ningún proverbio. Ahora sabemos que lo sabes todo, y no has menester que nadie te pregunte. Por eso creemos que has salido de Dios.

»Respondióles Jesús:—Ahora creéis? Pues ya llega la hora, y ha llegado ya la hora de que os desparraméis cada cual por vuestro lado, y me dejéis solo. Pero no estoy solo, que el Padre está conmigo.

»Esto os he hablado para que tengáis paz en mí.

»En el mundo tendréis angustia. Pero ¡animaos! yo he vencido al mundo».

Terminaba ya la conversación del Salvador. Llevado de su amor a sus discípulos no la había terminado durante tanto tiempo ni parecía saber terminarla. Hasta la repetición e incoherencia aparente que se nota en muchos trozos del Evangelio, parecen reflejar la situación de ánimo del Maestro, que busca en sus últimas expansiones el amor de sus discípulos.

Es una de las notas más curiosas de Jesucristo. El verlo siempre tan divino, y a pesar de eso tan humano, y sobre todo tan bueno y delicado. Oh Señor! y qué poco nos parecemos a vos los hombres!

255. ORACIÓN SACERDOTAL DE JESUCRISTO

(J. 17, 1-26)

Ya el Maestro se había despedido de sus discípulos, el Mesías de sus Apóstoles, el Padre de sus hijuelos, con aquel conmovedor discurso tan prolongado como el amor de Jesús, que, se veía claramente, no acertaba a separarse de los suyos que tanto amaba.

Y antes de salir de su compañía y de aquel último cenáculo de su vida mortal, al ir a sacrificarse como víctima de nuestros pecados, el Sacerdote único de la Nueva Ley, dirigió al Padre la augusta oración con que daba fin a su vida y comienzo a su pasión. En ella ruega primero por sí, luego por sus discípulos, y en fin, por sus fieles de todos los siglos.

Oración por sí mismo. (J. 17, 1-5)

Dice San Juan:

«Esto habló Jesús, y levantando sus ojos al cielo, dijo:
»—Padre, llega la hora. Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique, conforme al poder que le has dado sobre toda carne, de dar vida eterna a cuantos le has entregado. Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado sobre la tierra; he terminado la obra que me encargaste hacer. Ahora, pues, glorifícame tú; oh Padre! a tu lado, con la gloria que tuve en tí antes de que existiera el mundo».

Hasta aquí la parte de la oración que dirige por sí mismo. Jesús ha glorificado al Padre con toda su vida, explicando su doctrina, su gloria, su evangelio. Ahora pide que el Padre le glorifique, por medio de la pasión y resurrección después de ella, y extensión de la Iglesia, para que el Hijo de nuevo y más que antes glorifique al Padre, usando del poder que este le dió de dar la vida eterna y sobrenatural, que consiste en conocer a Dios y en conocer a Jesucristo su enviado; mas no de cualquiera manera, sino con la misma gloria que tuvo antes de venir al mundo, y aun antes de existir el mundo, con la gloria del Unigénito de Dios.

La hora de esta glorificación, dice Jesús a su Padre, ha llegado ya. La hora más augusta y solemne de la humanidad se acerca.

Oración por sus Apóstoles. (J. 17, 6-19)

Prosigue el Sumo Sacerdote orando por sus apóstoles, y dice:

«—He manifestado tu nombre a los hombres que tú me has dado del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que tú me has dado procede de tí; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han recibido y han creído que tú me has enviado».

Qué delicada y dulcemente alaba el Maestro a sus dis-

cípulos y Jesús a sus hijos para encomendarlos enseguida al Padre! Para ellos exclusivamente dirige ahora sus preces: por el mundo ya rogará en otras ocasiones.

«Por éstos te ruego. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos y lo mío es todo tuyo, y lo tuyo mío y he sido glorificado en ellos».

«Y yo ya no estoy en el mundo, pero estos están en el mundo, y yo voy a tí. Padre Santo, guárdalos por tu santo nombre, a estos que me has dado, para que sean una cosa como lo somos nosotros. Mientras estaba yo con ellos yo guardaba en tu nombre á los que me has dado, y ninguno ha perecido, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a tí, y digo esto en el mundo, para que tengan en sí gozo completo».

Yo les he dado tu palabra y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del malo, (quiere decir, del demonio). No son del mundo como yo no soy del mundo.

«Conságralos en la verdad: tu palabra es la verdad. Como me enviaste a mí al mundo, así yo los he enviado al mundo, y yo me consagro (me sacrifico) por ellos para que sean consagrados con la verdad».

Así tan dulcemente recomienda a sus discípulos, a los cuales, al dejarlos en el mundo sin su compañía, desea una protección aún más singular de parte del Padre, que la que hasta entonces les había concedido. Y en especial les desea no que sean separados del mundo, pues tienen que vivir en él para convertirlo, sino que, aunque vivan en él, no sean vencidos del príncipe malo del mundo, que los perseguirá y combatirá rudamente. Sino que sean santificados con la verdad, con el Espíritu de verdad, para que la conozcan y la prediquen y la extiendan. Santificalos, dice, porque son tuyos y míos, dados por tí; porque han creído en mí y me han sido fieles; porque quedan en el mundo, y quedan sin mí, y van a ser tentados y perseguidos por haber creído en mí, y predicarme a mí.

Oración por todos los fieles. (J. 17, 20-24)

Ni solo pide en esta oración por sus apóstoles, sino que

prosigue su plegaria por todos los fieles que después habíamos de creer en él y dice:

«Mas no solo te pido por ellos, sino también por los que han de creer en mí, por su palabra; a fin de que todos sean una cosa, como tú, oh Padre en mí, y yo en tí, para que también ellos sean una cosa en nosotros, y el mundo conozca que tú me enviaste».

Y yo les he dado la gloria que tú me has dado, para que sean una cosa como nosotros somos una misma cosa. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado y los has amado a ellos como me has amado a mí.

«Padre! quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy, a fin de que contemplen mi gloria, aquella gloria que me diste porque me amaste antes de la creación del mundo».

¡Ved qué divinamente rogó por nosotros, por los que habíamos de creer en él! Ved cómo pide para nosotros la unión entre nosotros y con Dios, la unión de fe, la unión de convicciones, la unión de pensamientos, la unión de aspiraciones, y la unión de mutua caridad, unidos con Cristo, con una unión de la cual es modelo la íntima unión del Padre con el Hijo.

Esa unión de fe y de amor estrecho, aun con todos los defectos que la imperfección humana tiene en esta vida es tal en la Iglesia católica como no la hay fuera de ella. Y será estrechísima cuando la Iglesia se perfeccione en el cielo.

Para crear y mantener esta unión, Cristo nos ha dado su gloria, este conjunto admirable de resplandores de la Iglesia, con su fe, su gracia, su santidad, sus milagros, sus sacramentos; gloria y esplendor que tanto más refulge cuanto más se la percute.

Y para que pensemos que la unidad que él pide, no es solo la de esta vida, y que el premio que nos quiere dar es sublime, añade aquellas inefables palabras, que ¡cómo agradeceremos bastante a nuestro Redentor! Quiero que mis fieles estén donde yo estoy! y que allí contemplen mi gloria y no la gloria que me puedas dar como a hombre, sino la misma gloria que me diste como a Dios, y que yo como Dios tuve antes de la creación del mundo, porque antes de

toda creación me amaste cuando estaba en tí, y que es comunicada a la humanidad después de terminada mi obra en la tierra.

Admirables esperanzas las que estas palabras suscitan en los que perseveremos fieles al Mesías en la Iglesia.

Conclusión. (J. 17, 25.26)

Para terminar la oración exhala esta exclamación de entrañable afecto.

«¡Padre justol el mundo no te ha conocido. Pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me has enviado. Y yo he dado a conocer tu nombre y lo daré para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo también lo esté!...»

Oh dulcísimo testamento de Nuestro Señor Jesucristo! Oh admirable y divina oración del Sacerdote de la nueva Ley del Amor! Oh revelación estimabilísima del tesoro de amor encerrado en el Corazón de Jesús! Oh espectáculo sublime el de nuestro Redentor que va al sacrificio, a la pasión ignominiosa, a la muerte, y, más profeta que todos los profetas, ora a su Padre por la santa Iglesia, que precisamente va a fundarse después de su muerte, y pide para ella la gloria, la victoria, la santidad, la unión en la gracia, hasta consumarse en la unión de la gloria!

¡Qué gran seguridad de su obra muestra el que, sabiéndolo, va a la muerte seguro de que después de ella ha de triunfar y ser glorificado y glorificar a cuantos crean en él por medio de la predicación y palabra de sus apóstoles!

Jesucristo tenía levantados los ojos al cielo. Los apóstoles iluminados por la luz del cielo para entender la oración del Mesías, escuchaban atónitos y silenciosos. Jamás oración ninguna se había pronunciado que sonase más grata en la tierra y que fuese más eficaz y poderosa en el cielo. ¡Cómo la recibió el Padre! y ¡cómo se movió a darnos cuanto le pidamos por medio de su Hijo para santificarnos y salvarnos!

256. CAMINO DE GETSEMANÍ

(J. 18, 1; Mc. 14, 26-31; Mt. 26, 30-35)

Acabada la oración, Jesús pronunció el himno final que

se acostumbraba al terminar la cena, ya fuese el salmo 135, ya la segunda parte del Hallel. Y salieron del Cenáculo.

Sería ya bien de noche, y cerca por lo menos de las diez. Atravesando las solitarias calles de la ciudad, silenciosas, estrechas y oscuras, dieron vuelta al barrio de Ofel, y costeando la colina en que estribaba el Templo, bajaron al fondo del valle de Josafat, por donde corría el torrente Cedrón.

Si entonces esta bajada y el fondo del valle estaban más cubiertos de vegetación y de frescura, el camino sería más apacible. Hoy es aquel sitio ingrato, árido y áspero. De todos modos entonces también bien triste sería el viaje. La luna llena desplegaba su cinéreo cendal de luz pálida sobre el sombrío valle. En el fondo murmuraba la escasa corriente de aquel arroyuelo casi seco, al que desembocaban todos los desagüaderos del Templo. La brisa de la noche agitaba los arbustos, las higueras, las mieses, los olivos que poblaban el valle. Todo bañado de tenue claridad y luz fantástica acrecentaba el vago temor que en aquella noche, después de tantas cosas como habían ya visto y oído, debía llenar los corazones de los apóstoles. Ninguno hablaba. Tal vez al pasar junto al Templo hallaron a algunos grupos de sacerdotes o de devotos que, cuando por la solemnidad de las fiestas duraba aún la iluminación en los atrios, se retiraban a sus casas.

Jesús iba a su acostumbrada oración, y los discípulos, aunque rendidos, le acompañaban como solían, sin ganas ni de hablar, ni de preguntar, sino más bien de coordinar y recopilar lo que habían aprendido y de descansar...

Rompió el Señor el silencio mientras caminaban al Olivete que tenían enfrente, y dijo:

«Todos vosotros vais a escandalizaros en mí esta noche. Porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño».

Si antes estaban tristes, más tristes los debió dejar esta advertencia, que les anunciaba aunque vagamente, próximos, muy próximos acontecimientos de persecución, de dispersión, de desorden. Era preciso reanimar un poco tanta depresión, y por eso añadió el Señor:

«Pero después que haya resucitado os precederé a Galilea».

No entenderían bien lo que el Salvador les quería decir. Pedro sin pararse en esto segundo que para consolarles les decía, y revolviendo aquello primero de que todos se habían de escandalizar de Jesús, llevando a mal que esto se pudiese pensar de él, le dijo:

«—Así todos se escandalicen de tí, yo no! yo no me escandalizaré jamás.

»Dijole Jesús:—En verdad te digo que tú hoy en esta noche, antes que el gallo cante la segunda vez, me negarás tres veces».

Terrible era la aseveración del Maestro, y debía haber hecho a Pedro más humilde, y más cauto, para prepararse, para considerar, para orar. Mas él, con aquel carácter impetuoso, vehemente y resuelto, que rayaba en jactancia y excesiva seguridad de sí mismo y de sus fuerzas, seguía hablando con más empeño y diciendo:

«—Aunque tenga que morir contigo juntamente, yo no te negaré».

Y no queriendo ser menos que Pedro, todos los demás discípulos dijeron lo mismo.

Calló Jesús. ¿Para qué contristarlos más? Bien pronto se vería que todas aquellas palabras se las llevaba la brisa. Sabía bien Jesús lo que le iba a suceder, y no dejaba de ser esta una de las espinas que más agudamente herían su delicado y amante corazón. Pero conocía y amaba mucho a sus pobres discípulos. Y daba a aquella falta todas las excusas que podía, y sobre todo el perdón de antemano.

Y callando ya Jesús, y tal vez susurrando entre sí los apóstoles, bajaron al fondo del valle, atravesaron el puentecillo del torrente, y según su costumbre se dirigieron al monte Olivete.

Muchas veces había venido allá el Maestro, y según parece colegirse claramente de lo que dice San Lucas, y más expresamente San Juan, era tal la costumbre, que Judas estaba persuadido de que iría allá también este día, y conocía muy bien el sitio «porque Jesús iba a él frecuentemente con sus discípulos».